

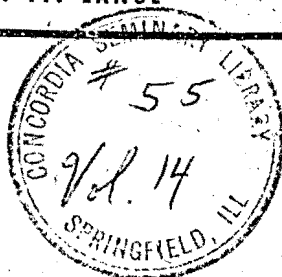
RECEIVED
DEC 5 1967

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana
Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:



	Página
Interpretación Bíblica	1
Movimiento confesional y el aniversario de la Reforma.....	10
Una tentativa de reconciliación.....	11
Palabra Pastoral sobre la "Discusión por la Biblia y la confesión".....	14
La cuestión del divorcio.....	15
La confesión de Augsburgo.....	25
Bosquejos del Antiguo Testamento.....	36
Bosquejos para Sermones.....	45

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.
Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.
Editor: Fr. Lange.

Núm. 55

Tercer Trimestre - 1967

Año 14

CASOS Y CUESTIONES DE INTERPRETACION BIBLICA, ACTUALMENTE DEBATIDOS EN LA IGLESIA LUTERANA - SINODO DE MISURI, por John Warwick Montgomery, Ph. D. (Chicago), D. Theol. Strasburgo) y Prof. en el Seminario Concordia de Springfield. Traducido y adaptado por H. B.

Introducción

Si un observador de afuera tuviera que describir concisamente el estado actual de nuestra iglesia, se toparía con una tarea sumamente difícil, ya que la Iglesia Luterana - Sínodo de Misuri presenta hoy en día un cuadro realmente desconcertante, y en muchos aspectos harto confuso, tanto para sus propios miembros como para el observador de afuera.

Estudiando para mi doctorado en Estrasburgo, mantuve una interesante conversación con un sacerdote, que a la sazón quería doctorarse en la universidad católica de allí, y cuya tesis versaba sobre el tema "El Sínodo de Misuri". Le pregunté por qué, habiendo tantas denominaciones protestantes que elegir, él se había decidido precisamente por nuestra iglesia, a lo que me respondió que en Europa muchos católico-romanos consideran a Misuri como la iglesia protestante que todavía defiende una estricta posición luterana y tiene conciencia de lo que enseña. Posteriormente, sin embargo, supe que este sacerdote había limitado ese su concepto a la teología del período histórico primitivo de Misuri. Sus contactos con la situación teológica más reciente de nuestra iglesia, le comunicaron una impresión mucho más confusa de nuestra posición.

Y esa confusión en cuanto a nuestra posición actual de ninguna manera se limita a sacerdotes y observadores de afuera. Un número creciente de fieles de nuestra propia

iglesia se siente sincera y profundamente consternado ante la actividad de un fermento que apenas se alcanza a comprender. El crecimiento numérico de miembros aún continúa. En el Lutheran World Revue del 21 de agosto de 1966 leemos que "por el 21º año consecutivo, la Iglesia Luterana, Sínodo de Misuri registró el mayor crecimiento de afiliados entre todas las denominaciones luteranas de Norte América." Sin embargo, económicamente el Sínodo está arrostrando verdaderas dificultades, y explicaciones tales como que "las iglesias no resisten la prosperidad" suenan superficiales cuando en relación a otro grupo conservador leemos que "el 12 de agosto el Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin superó en 600.000 dólares la meta de 4 millones de dólares presupuestados para la expansión de sus instituciones educacionales." Tan preocupados se muestran muchos pastores y distritos enteros por la confusión teológica actualmente imperante en nuestra iglesia, que algunos presidentes de distrito se vieron en serios apuros con la tarea de disuadir a iglesias locales de poner sus contribuciones en depósito hasta tanto se hubiese logrado fidelidad doctrinal en determinados sectores. Hay no pocos miembros que apoyan la ofrenda Eben-Ezer sólo parcialmente, por estar convencidos de que el Sínodo debiera poner primero en orden su casa, antes de acometer mayores programas expansionistas.

Consideraciones como éstas son fuente de perplejidad y desasosiegos especialmente para el laico. Al laico por lo general se lo mira como a un inexperto en teología, y por consiguiente se lo pasa por alto en la discusión de las cuestiones en disputa. En efecto, contrariamente a la trascendental enseñanza bíblica relativa al sacerdocio de todos los fieles, el laico frecuentemente recibe la impresión de que la teología es negocio particular de los profesores de seminario, debiendo contentarse los feligreses ordinarios con escuchar la autorizada palabra de los presumiblemente mejor preparados para hablar que ellos. Personalmente estoy en total desacuerdo con ese criterio, a pesar de que —¿o será acaso en razón de que yo mismo soy laico profesor de seminario?—. Soy de la opinión de que el protestantismo

luterano sólo se impondrá mientras se persista en la táctica empleada por Lutero al traducir la Biblia: de darle acceso a la Palabra de Dios aun al obrero más humilde. Si la Biblia no le habla con claridad inclusive al laico; si pensamos que los laicos ya no son capaces de comprender la verdad divina y de discernirla de la herejía y del error — entonces haríamos mejor en volver sin demora al seno de la iglesia romana, ya que sería preferible en mucho un solo papa a toda una legión de doctores de teología. O parafraseando un aforismo altamente sentencioso: La teología es asunto demasiado importante como para dejarlo en manos de los teólogos.

Este tratado por lo tanto no se dirige únicamente a teólogos y pastores, sino también a los fieles laicos luteranos, ansiosos de conocer los graves problemas teológicos que afligen actualmente a su iglesia, y convencidos de que la Biblia es fundamento firme y libro claro, para transmitir el inequívoco mensaje de Dios a todos los que la leen con devoción. Seguiremos el procedimiento de exponer con la mayor franqueza posible las dos posiciones contrarias, a la sazón sostenidas en nuestro sínodo con relación a las cuestiones teológicas de mayor trascendencia, de manera que aun el laico, a la luz de las Sagradas Escrituras mismas, pueda arribar a sus propias conclusiones.

Las cuestiones teológicas a tratar son siete: La cuestión de quiénes fueron los autores de los libros bíblicos; la de si los hechos relatados en Génesis realmente ocurrieron; la de la historicidad de Jonás; la de la persona y obra de Cristo; la de la inmortalidad y de la resurrección; la de la validez de la Ley Moral en la vida cristiana; y la de la inspiración de las Sagradas Escrituras. En cada caso se expondrán dos maneras radicalmente diferentes de encarar el asunto. Estas bien podrían denominarse la manera del "liberal" y la del "conservador", pero a fin de evitar equívocas connotaciones, las identificaremos simplemente con Posición A y Posición B. Esto excluirá la deliberada arbitrariedad revelada en muchas discusiones, en las que se pretendió sublimar la posición liberal llamándosela "confesionalismo evangélico", mientras a la posición conservadora



se la tildaba de “confesionalismo escolástico”. Dejo constancia de que mi posición personal es decididamente la conservadora, a la que designaré Posición B. Y después de discutir una por una las siete cuestiones doctrinales, concluiremos haciendo un análisis de los principios básicos de interpretación bíblica empleados, que son los factores determinantes de la crisis teológica que perturba a la actual comunidad cristiana.

LOS TEMAS TEOLOGICOS

1. La cuestión de quiénes fueron los autores de los libros bíblicos.

En 1753, durante el período conocido como el “siglo del esclarecimiento” o “del racionalismo”, un físico francés de nombre Jean Astruc publicó un libro en el que emite la conjetura de que los diferentes nombres que se le aplican a Dios en el Génesis (Yahvé, Elohim) acaso sean los indicios de una tosca combinación de varios informes originales en un solo relato. Fue así como nació la tristemente célebre “crítica documental” o “alta crítica” a los libros bíblicos, que se propuso descubrir el “verdadero” origen del material bíblico. Las porciones de las Sagradas Escrituras especialmente afectadas por este método de investigación fueron el Pentateuco, Isaías, los Evangelios y las epístolas paulinas. La crítica al Pentateuco arguye que los escritos del A.T. generalmente atribuidos a Moisés, en realidad provinieron de varias fuentes, siendo la hipótesis más común la tetradocumental J-E-P-D de Graf, Kuennen y Wellhausen, quienes sostuvieron que los mencionados libros no ostentaron su presente terminación sino hasta bastante tiempo después de Moisés. La edición final generalmente se relega al período post-exílico, a los días de Nehemías.

En cuanto a Isaías, los defensores de la crítica documental consideran el libro como producto de dos o más autores: Proto-Isaías caps. 1-39; Déutero-Isaías caps. 40 ss.; y Trito-Isaías caps. 56 ss. Al propio Isaías de Jerusalén le conceden sólo la primera parte del libro. De esa manera

resulta posible explicar en forma racional las profecías contenidas en la segunda parte del libro, como compuestas post-eventum.

La crítica a los Evangelios se vale del método designado "crítica formal" (formgeschichtliche Methode) de Dibelius y Bultmann, y sostiene que los cuatro Evangelios son el producto final de toda una serie de tradiciones orales acerca de Jesús, que la iglesia primitiva fue alterando y acomodando libremente, conforme a sus diferentes necesidades propias. Los patrocinadores de la crítica formal están convencidos de que los relatos del N.T. no ofrecen un cuadro objetivo de Jesús, de que el Jesús presentado en los Evangelios no es el que nos fuera legado por los apóstoles y evangelistas mismos, sino más bien un modelo imaginario que sólo refleja las diferentes creencias y los elevados ideales de la iglesia del primero y segundo siglo.

Y con relación a las epístolas paulinas, los partidarios de la alta crítica le atribuyen al apóstol mismo sólo algunas de ellas. Las Epístolas Pastorales (1ª y 2ª de Timoteo, y Tito) no se las adjudican casi nunca. La epístola a los Efesios tampoco se reconoce como paulina. Y algunos críticos, por ej. Mc.Gregor y Morton, llegan al extremo de negarle a San Pablo todos sus derechos de autor en el N.T., salvo en los casos de las epístolas a los Romanos y a los Gálatas.

La alta crítica naturalmente se ve obligada a conceder amplia libertad de opinión a pareceres considerablemente divergentes en la cuestión de los autores, y sería injusto presumir que Pos. A en nuestra iglesia se solidariza en forma total y uniforme con todas las teorías documentales enunciadas. No obstante cabe señalar que existe en principio un pensamiento determinante común, en que coinciden todos sus partidarios: La idea de que no se impugna de ningún modo la fe cristiana al atribuir los escritos bíblicos a autores anteriores o a editores posteriores, aun cuando la misma Biblia se pronuncia en términos inequívocos sobre quién fue el autor de determinado libro. Basten a modo de ilustración dos comentarios típicos de Pos. A, el primero relacionado con un autor del A.T., y el otro concerniente a un caso del N.T.:

“Algunos miembros de la facultad del Seminario opinan que los autores del N.T. asintieron a la tradición que proclamaba a Moisés como autor y escritor de todo el Pentateuco. Otros miembros de la facultad sin embargo entienden que esa evidencia no es decisiva. Piensan que cuando Cristo o los escritores del N.T. hablan de Moisés o de la Ley de Moisés, refiriéndose al Pentateuco, no es objeto de discusión la cuestión de quién fue realmente el autor. Los oradores o escritores sencillamente usan el lenguaje de su auditorio por razones de conveniencia, en la forma en que procedería también hoy en día una persona que, para referirse a un trozo de la literatura inglesa, diría: “Como dijo Shakespeare en el Hamlet”, sin pretender decidir con eso la cuestión de si fue Shakespeare, Marlowe, Bacon o cualquier otro de sus contemporáneos el verdadero autor del Hamlet. Ellos señalan que si Cristo o los autores del N.T. hubiesen querido tratar la cuestión de quién fue el verdadero autor, sólo habrían complicado el asunto en cuestión con problemas secundarios.”

El otro comentario dice: “Un cuidadoso examen de la tradición de los Evangelios revela que aun dentro de un mismo libro, como el Evangelio de San Lucas, pueden advertirse varias corrientes teológicas. En el N.T. no sólo nos enfrentamos con toda una variedad de diferentes tendencias teológicas, sino que también descubrimos en el fondo de esas diferentes teologías una variedad de comunidades cristianas, cuyas tendencias doctrinales por cierto no coincidían.”

Pos. B, enmarcado contraste, sostiene que cuando quiera que un libro bíblico nombra a determinado autor como tal, o cuandoquiera que el escritor de algún libro bíblico se refiere expresamente al autor que produjo otra porción de la Escritura, o cuandoquiera que nuestro Señor Jesucristo alude a autores bíblicos, tales declaraciones por incidentales que fuesen, deben ser consideradas como enteramente ajustadas a la realidad de los hechos, y como establecedoras definitivas del verdadero origen de los escritos de referencia.

Señalan los defensores de Pos. B, que cualquier otro criterio frente a este asunto no toma en serio a las Escritu-

ras mismas, incita a dudar de afirmaciones explícitas de las mismas y atenta contra su auto-testimonio de contener en todas sus partes y en cada una de ellas, la verdad divinamente revelada. Y en el caso de nuestro Señor Jesucristo, crea un verdadero problema en lo relativo a la perfección de su conocimiento, y por ende a lo de su misma divinidad.

Pos. B rechaza categóricamente el argumento de que Jesús se hubiese limitado a sí mismo a equivocadas opiniones o tradiciones contemporáneas en lo que concierne a los autores del A.T., en atención a asuntos de mayor importancia, siendo que Jesús, en ese caso, se hubiese hecho culpable de la reprobable falacia de permitir que el fin justifique el medio. Y si Jesús se hubiese limitado de tal modo en la cuestión de los autores, ¿quién nos podría demostrar que no se limitó de igual manera en otros, o acaso en todos los demás pormenores de sus enseñanzas? Para Pos. B, Jesús dijo exactamente lo que quiso decir, cuando en Jn. 5,46.47 declara: "Si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis en mis palabras?"

Con fundamentos tanto científicos como teológicos, Pos. B. rebate los métodos documentales de Pos. A. Son particularmente pertinentes consideraciones como las que siguen:

- 1) Las teorías documentales no descansan sobre evidencias objetivas del texto. A diferencia del procedimiento seguido por la crítica "baja" o "textual", que trabaja sobre la base sólida de los manuscritos, los estudiosos de la crítica "alta" se permiten emitir juicios sobre la forma literaria y sacar conclusiones que por su propia naturaleza involucran un alto grado de subjetividad personal. Las copias más antiguas de cualquiera de nuestros libros bíblicos (inclusive los rollos de Isaías hallados cerca del Mar Muerto) no ostentan los presuntos fragmentos o las supuestas fuentes originales, alegados por la "alta" crítica; antes bien, presentan los mismos textos sagrados que poseemos todavía. Así se da la ironía de que los "documentalistas" construyen sus teorías sin documentos, y las conclusiones a que arriba un crítico no pocas veces difieren grotescamente de las de

otro — claro signo de que lo que allí ocurre es algo sumamente anticientífico. Así esos críticos tampoco logran concordar cuando se trata de establecer dónde exactamente comienza y dónde termina alguna de las presuntas fuentes de origen. Hay, para dar un ejemplo, teorías del Pentateuco como la de Morgenstern, quien creyó haber descubierto tantos documentos de origen en los escritos mosaicos, que subdividió sus divisiones hasta la letra k. Pos. B escucha atentamente los resultados de una encuesta como la de H. F. Hahn (en "El A.T. y la investigación moderna", Filadelfia, Muhlenberg Press, 1954):

"Este examen de la actividad del criticismo en el campo del A.T. durante el último cuarto de siglo, ha puesto de manifiesto todo un caos de tendencias en conflicto, conduciendo a resultados contradictorios y creando la impresión de total ineffectividad para ese tipo de investigación. Se hace inevitable la conclusión de que la "alta crítica" desde hace tiempo pasó la edad del trabajo constructivo."

2. El uso de métodos críticos paralelos en otros campos de la investigación resultó tan infructuoso, que tales técnicas quedaron ampliamente desacreditadas fuera de la investigación bíblica. Actualmente se dice que —como lo expresara uno de mis profesores de literatura clásica antigua en Cornell— "si la Ilíada y Odisea no fue escrita por Homero, fue escrita por alguien del mismo nombre por el mismo tiempo..." J. H. Rose se explaya elocuentemente sobre el caso de si fue Homero el autor de la mencionada obra: "El arma principal de los separatistas fue siempre el criticismo literario, del que no es exagerado afirmar que, fuera de la crítica a Homero difícilmente se haya practicado proceso más mezquino y pesquisa más microscópica en procura de minuciosas variaciones de lenguaje e irregularidades de composición, desde la muerte de Rymar y Juan Dennis..." Pero en el campo bíblico, la "alta" crítica no obstante insiste en el empleo de ese desacreditado método. Esto dio a Yamauchi de Rutgers, motivo para declarar al final de una reciente conferencia, que luego publicó más prolijamente elaborada aún, en un opúsculo sumamente valioso: "Si aplicásemos el criterio de los nombres divinos (el

argumento de Elohim v. Yahvé) a otros textos ugaríticos, egipcios o árabes, comprobaríamos que el método carece en absoluto de validez. Y podría multiplicar ejemplos para todos los demás elementos de juicio de la crítica documental." (Para un esclarecedor estudio del engañoso procedimiento del método documental, cf. también "A Survey of A.T. Introduction" de Gleason L. Archer Jr., Chicago, Moody Press, 1964).

3. El racionalismo implicado en los fundamentos por los que se pos-data la aparición de las profecías de Isaías a una fecha más reciente, posterior a los hechos predichos, es ajeno a cualquier legítima ciencia. Pero esa forma presuntiva de juzgar lo que puede o no puede hacer Dios, de ningún modo es casual en la argumentación de la "alta" crítica, y en el proceso por ella seguido para establecer quiénes fueron los autores bíblicos, como lo revela su uso de métodos similares para remitir a fechas posteriores la aparición del material de los Evangelios.

En efecto, es la opinión generalizada de la "alta" crítica, que los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas debieron haber sido escritos o editados después de la destrucción de Jerusalén a. D. 70, puesto que de otra manera serían inexplicables las predicciones de Jesús (Mt. 24, Mr. 13 y Lc. 21) relativas a la caída de aquella ciudad. Y fue el mismo raciocinio el que dio motivo a la hipótesis de que el Jesús de los Evangelios no es más que un colorido cuadro del mismo, pintado por la primitiva iglesia de acuerdo con "la variedad de sus conceptos teológicos" y en expresión de sus diversas experiencias de fe.

La realidad de los hechos es que los escritores del N.T. reclaman para sí contacto directo con las mismas fuentes de origen, los testigos de Jesús y/o Jesús mismo, e incuestionable precisión y consistencia para sus informes de lo que Jesús objetivamente dijo e hizo (Lc. 1, 1-4). Los autores de los Evangelios nos aseguran que fue Jesús quien determinó el mensaje de ellos — en diametral contraste con la opinión tan difundida hoy en día, que responsabiliza a la iglesia primitiva de ser ella la que construyó la imagen del Jesús que nos presentan los Evangelios.

4. Pos. B señala las desastrosas consecuencias que provoca Pos. A, cuando pone en dudas las afirmaciones del N.T., que declaran directamente a San Pablo como autor de tal o cual epístola. MacGregor y Morton emplearon el método del "estilo literario", valiéndose del estilo de Romanos y Gálatas para suministrarle los datos correspondientes a un computador electrónico, con el objeto de establecer quiénes fueron los autores de otras epístolas neotestamentarias ordinariamente atribuidas a San Pablo. El resultado obtenido fue que ninguna de ellas pudo haber sido escrita por San Pablo. Pero seguidamente también fue sometido al análisis del computador, aplicándosele criterios paralelos, el propio libro de MacGregor y Morton, escrito sobre la referida materia, y se obtuvo igualmente la "prueba" de que la obra era producto de diferentes autores.

(continuará)

MOVIMIENTO CONFESIONAL Y EL ANIVERSARIO DE LA REFORMA

Hace ya dos años se inició dentro de algunas iglesias evangélicas alemanas, como reacción a lo que frecuentemente se llama "teología moderna", un movimiento confesional que con el lema "ningún otro evangelio" quiere quedar firme sobre la base de las Escrituras invitando a las congregaciones a acordarse de sus "confesiones". Al principio de este 450 año aniversario de la Reforma, el mencionado movimiento publicó una proclama en la cual se lee entre otras cosas: "Alentamos, más aún, comprometemos a todos los cristianos a defender la palabra íntegra de Dios y a dejarse guiar por el Espíritu de Dios a toda la verdad." En su proclama el movimiento confesional se coloca sobre las tres afirmaciones centrales de la Reforma: "Cristo solo", "Las Sagradas Escrituras solas", y "solamente por gracia mediante la fe".

Como el acontecimiento significativo relacionado con las 95 tesis de Martín Lutero hace 450 años, se destaca el descubrimiento de la Biblia como la "única autoridad de todo creer, vivir y enseñar". Le importaba a Lutero particular-